

"Fabes SA"

Comedia en 6 cuadros

PERSONAJES

JOAQUÍN (Hombre del pueblo, ni muy joven ni muy viejo)

ANTONIO (Vecino del anterior, de edad parecida)

ETELVINA (Esposa de Antonio, de su edad más o menos)

ELENA (Esposa de Joaquín, de su edad)

GARCÍA (Joven elegante, de ciudad)

SARA (Colaboradora del anterior, joven también)

CUADRO UNO

Una quintana asturiana. Será la misma toda la obra. Dos casas, la de ANTONIO y la de JOAQUÍN. ANTONIO sentado delante de su casa.

JOAQUÍN.- *(Un vecino de la aldea. Entra en escena y ve a ANTONIO que analiza muy a fondo un tomate.)* Antonio, según te miro no sé si lo que estás haciendo es desactivar una bomba o buscar un gusano en el tomate. ¿Qué miras con tanta atención?

ANTONIO.- Ven acá, y dime lo que opinas. Toma. *(Se lo da)* ¿Qué te parece?

JOAQUÍN.- A primera vista, un tomate.

ANTONIO.- No me sirve la primera vista. Profundiza.

JOAQUÍN.- ¿Quieres que le haga un agujero? ¿Para buscar el gusano?

ANTONIO.- Quiero una segunda vista más profunda.

JOAQUÍN.- Bien, a segunda vista... Un tomate tirando a pequeño, y un poco verde.

ANTONIO.- ¿Y a tercera vista?

JOAQUÍN.- A ver, Antonio, hijo. es un tomate. Echarle dos vistas ya me parece un exceso, así que tres...

ANTONIO.- Estás equivocado. Vas a necesitar otro vistazo más porque eso que tienes en la mano no es un tomate.

JOAQUÍN.- Tiene el color de un tomate, la forma de un tomate, huele *(Lo hace)* a tomate... No creo que tengamos que llamar a Sherlock Holmes para confirmar que esto es un tomate.

ANTONIO.- Esto es un nuevo salto evolutivo.

JOAQUÍN.- ¿Esa es la raza? Yo aparte del cherry, el kumato y el tipo pera no conozco más. Espera, sí, los tomates de los calcetines, pero esos no se comen.

ANTONIO.- Esto va a ser una revolución alimentaria. Es un híbrido de tomate y pimiento.

JOAQUÍN.- Entonces más que salto evolutivo, que es un nombre feo y raro, le quedaba mejor llamarlo pimiento tomatero... No, que eso parece que suena a pollo. Mejor tomate pimientero, o pimientate, o tomamiento... Buf, esto suena como a tomar algo. ¿Tomiento?

ANTONIO.- Respira, Joaquín. He tenido la idea de hacer un tomate con las propiedades del pimiento, o sea, que pique.

JOAQUÍN.- Eso será hasta que los cultiven en Padrón, que entonces unos picarán y otros "non".

ANTONIO.- Vamos a hacer la prueba definitiva. Dale un bocado a ver si pica.

JOAQUÍN.- ¿Quieres que le dé un bocado a un tomate, así a pelo?

ANTONIO.- No querrás que te lo haga en ensalada.

JOAQUÍN.- Hombre, un poco de sal, aceite...

ANTONIO.- Necesito tener claro como sabe sin nada, al natural.

JOAQUÍN.- ¿Lo has probado?

ANTONIO.- No. Quiero una opinión independiente.

JOAQUÍN.- Entonces la mía no sirve. Dependo directamente de mi esposa.

ANTONIO.- ¿Quieres darle un bocado de una vez a ese tomate?

JOAQUÍN.- ¡Vale, vale! (*Con mucho cuidado, da un mordisquito al tomate*)

ANTONIO.- ¿Qué? ¿Qué?

JOAQUÍN.- Tiene el color de un tomate, la forma de un tomate, huele a tomate... ¡Y sabe a tomate! Vamos, que es un tomate.

ANTONIO.- ¿No tiene un toque a pimiento?

JOAQUÍN.- No, lo tiene a tierra, que ni lo has lavado siquiera, so cerdo. Esto es un tomate normal y corriente, Antonio.

ANTONIO.- No lo entiendo. He usado técnicas muy cuidadosas y científicas.

JOAQUÍN.- ¿Sí? ¿Polinizaciones cruzadas? ¿Implantación de genoma? ¿Secuenciación del ADN?

ANTONIO.- No, plantaba las tomatas entre dos pimientos. No entiendo como no han cogido las propiedades.

JOAQUÍN.- Técnicas científicas, dice... Si el imbécil soy yo por encima hacerle caso.

ANTONIO.- Igual si en vez de plantarlo entre dos pimientos, lo rodeo con cuatro...

JOAQUÍN.- Harás pisto como mucho. A ver, Antonio, que lo que te pasó con lo de las fabes fue casualidad, que no eres precisamente ingeniero agrónomo de esos.

ANTONIO.- ¡Ni falta! La experiencia es lo que vale, no los conocimientos. Y lo de las fabes fue después de largas pruebas y estudios...

JOAQUÍN.- Lo de las fabes aún no sabes ni tu lo que pasó.

ANTONIO.- Pues no, pero el caso es que han salido unas fabes de la granja excelentes, ¿o no? Grandes, mantecosas, de piel fina, y con esa pintita que tienen todas

en medio, que les da un aire diferente al de las demás. Y todo eso gracias a los esfuerzos...

JOAQUÍN.- Antonio... Que ni mirabas para ellas. Pasaba más por allí el gato a mear que tu a cultivarlas.

ANTONIO.- A lo mejor fue eso, pero han salido unas fabes deliciosas.

JOAQUÍN.- Y feas, porque lo de la pintita... Parece que tienen gusano. De hecho ya ves que ningún vecino las ha querido para plantar más que yo, que me pillaste en frío, y a oscuras, que si las llego a ver bien, tampoco las siembro.

ANTONIO.- Igual si siembro las fabes entre los pimientos...

JOAQUÍN.- Plántalas mejor entre tocino y morcilla, que igual te salen con sabor a fabada.

ETELVINA.- *(Entra con ELENA. Esposas de ANTONIO y JOAQUÍN respectivamente. Llegan con un periódico en la mano)* ¿Los ves? Juntos como de costumbre, y sin dar un palo al agua, Tal como te decía.

ANTONIO.- Alto ahí, estamos haciendo un estudio científico.

ETELVINA.- ¿Sobre cuánto se puede aguantar sentado sin que duela el culo?

JOAQUÍN.- A mí, si estoy mucho rato sentado, lo que me duele es la cabeza.

ETELVINA.- ¡Que cosa más rara!

ELENA.- No lo es, porque si lo veo sentado más de la cuenta, el escobazo que le cae es de los de campeonato.

ETELVINA.- ¿De qué va el estudio ese entonces?

ANTONIO.- Sobre esto. *(Enseña el tomate)*

ETELVINA.- ¿Alguien te está comiendo los tomates en la huerta? ¿Hay topos?

ANTONIO.- No, el bocado se lo ha dado Joaquín.

ELENA.- ¿No te doy suficiente de comer en casa?

JOAQUÍN.- ¿Hay alguna escoba cerca?

ELENA.- No, pero hay ahí una azada.

JOAQUÍN.- Entonces prefiero no contestar.

ANTONIO.- Estoy buscando un nuevo híbrido de tomate con sabor a pimiento.

ETELVINA.- Ahí lo tienes, sin dar un palo al agua, tal y como te he dicho. En fin, ¿habéis visto el periódico? ¡Vaya catástrofe! ¡Mirad!

JOAQUÍN.- *(Lo lee)*. ¡Hombre, por Dios! ¡Esto no puede ser! El comité ha desestimado el recurso del Barcia C.F. y no le quitan la tarjeta roja al entrenador. Están empeñados en que no subamos a preferente.

ELENA.- Lo que te voy a mandar a ti es a la mierda como sigas así. ¡No seas tonto, Joaquín! Aquí.

JOAQUÍN.- (Lee) El plato típico asturiano en peligro. ¿Es un restaurante nuevo? Vaya nombre más feo, llamarse Peligro.

ETELVINA.- No, hombre, no. Que al parecer hay una enfermedad por toda Asturias que está acabando con las fabes. Dice que se va a perder toda la cosecha de la región.

ANTONIO.- ¿Qué dices? Si las nuestras están hermosas en la huerta.

ETELVINA.- En la huerta, sí, pero luego en el plato... Parece que todas tienen gusano con la puñetera pintita esa que tienen.

JOAQUÍN.- Ya te lo decía yo.

ANTONIO.- Ni caso. Todo lo que dicen los periódicos no son más que mentiras. Eso seguro que es alguien que le interesa que se compren más garbanzos. Oye, si planto garbanzos entre los tomates, ¿cogerán sabor?

JOAQUÍN.- A mí me gustan más con bacalao.

ANTONIO.- ¿Quieres que los plante entre bacalaos?

ETELVINA.- No es broma el tema. Según trae aquí, no se va a salvar ni una faba.

ANTONIO.- Pues comemos lentejas, hija, ¿qué más da? Si al final lo que interesa de las fabes es el compango. Echando compango bueno, como si en vez de fabes, echas piedras.

ETELVINA.- El caso es que no quedan más fabes que las que haya ahora mismo por las casas, y están pagando por ellas precios de escándalo.

JOAQUÍN.- ¿Y qué más da? Si ven las nuestras, con la puñetera pintita de las narices, el escándalo nos lo montan a nosotros.

ANTONIO.- Que te digo que eso no es verdad, que nuestras fabes están perfectas en la huerta. Te estoy por asegurar que van a dar más que el año pasado.

JOAQUÍN.- ¿Más pintas? Van a parecer fabes con sarampión.

ANTONIO.- Más cosecha. Están las vainas que revientan de fabes.

ETELVINA.- ¡Dejaos ya de tonterías! Voy a ir a ver si vendo las que nos quedan del año pasado, con pintita y todo. Si no es un precio de escándalo, pero asusta un poco, a mi me vale.

ELENA.- Yo también voy a vender las que nos quedan. Total, tu no las comes a cuenta la dichosa pinta.

JOAQUÍN.- Igual si tuvieran algo de compango entraban mejor, pero lavadas como me las echas...

ELENA.- Como tú no te lavas mucho, por lo menos lo que comes está lavado. ¿Vamos, Etelvina?

ETELVINA.- Sí, a ver si sacamos siquiera para llegar a fin de mes sin apuros. **(Se van las mujeres cada una para su casa y se hace oscuro)**

CUADRO DOS

Misma decoración. ANTONIO y JOAQUÍN sentados delante de su casa. ANTONIO lee el periódico que había traído ETELVINA.

ANTONIO.- Dice el artículo que la enfermedad esta de las fabes mata la planta para siempre, y que de momento no se ha encontrado cura.

JOAQUÍN.- ¿Para bendecirlas? ¿Hay que darles a las plantas la extremaunción?

ANTONIO.- Cura para la enfermedad, panoli. También dicen que no saben cómo se transmite la enfermedad, si por el aire, o por algún bicho. En resumidas cuentas, que no saben nada de nada. Más parecen políticos que científicos.

JOAQUÍN.- ¡Hay que ver! Gente con carreras, preparados, y no dar con una cosa de estas.

ANTONIO.- Si pudieran sacar tajada por el asunto daban con ello enseguida.

ETELVINA.- **(Entra con ELENA, con una bolsa cada una con las fabes. Muy contentas.)** ¡Antonio, siéntate! Qué boba soy, como si tuvieras otra postura de estar, más que sentado.

ELENA.- Mi método del escobazo es infalible para ponerlos en pie.

ETELVINA.- Este tiene la cabeza muy dura, no ganaría para mangos. ¡Antonio, prepárate!

ANTONIO.- ¿Para qué? ¿Hay que ir a algún funeral?

ETELVINA.- Al tuyo como no calles. Con que prepares las orejas basta. Elena y yo hemos ido a ver si vendíamos las fabes que teníamos, y, ¿a qué no sabes qué? ¡No nos las han comprado!

JOAQUÍN.- Normal, con la pinta que tienen con la pinta que tienen... ¡Hala, me ha salido un juego de palabras!

ANTONIO.- Tampoco es que sea un notición. ¿Eran tres o cuatro kilos?

ETELVINA.- Tres y medio, y un par de ellos más que llevaba Elena.

ELENA.- En realidad llevaba kilo y medio, pero metí alguna piedra para que pesaran más.

ANTONIO.- Aunque te las pagaren a precio de escándalo, como decías, tampoco habéis perdido mucho.

ETELVINA.- Calla, que lo bueno viene ahora. Volvíamos para acá, quejándonos de que si no habíamos podido vender estas, mal íbamos a vender las que vamos a cosechar ahora, que iban a ser muchísimos kilos, y en esto se arrimó a nosotras un joven muy elegante que estaba allí donde las fabes.

ELENA.- (*Imita al joven*) No he podido evitar escuchar la conversación, nos dijo.

JOAQUÍN.- Normal, mi esposa es igual que una oveja balando, solo tiene dos tonos: Alto y atronando. Te oiría él y los del pueblo de al lado.

ELENA.- (*Sigue imitando*) Me voy a presentar. Soy el señor García, consulting manager.

ETELVINA.- ¡Consulting manager! ¿Qué os parece?

ANTONIO.- ¿Cónsul de dónde? ¿Qué país es ese?

ELENA.- Es un asesor de empresas, pero dicho en importante.

ETELVINA.- Al grano, o mejor dicho, a la faba. Nos dijo que no vendiéramos las fabes y que lo recibiéramos para hablar de negocios. Fue a buscar a alguien, y va a venir para acá inmediatamente. Ha dicho que había mucho dinero en juego.

ANTONIO.- Etlvina, que son cinco kilos de fabes. Por mucho que paguen no creo que sea para tanto.

ELENA.- De eso nada, seis kilos o más, que ya te he dicho que metí algunas piedras, y visto lo visto, de la que veníamos para acá hemos metido alguna otra para que pese un poco más.

ANTONIO.- Ah, bueno, si son seis kilos...

ETELVINA.- Que no nos quiere comprar las fabes, Antonio, que lo que quiere es proponernos algo.

JOAQUÍN.- ¿Que os quiere hacer una proposición? ¡Delante de mí, no! Calzonazos, sí, pero cornudo...

ELENA.- ¡Calla un poco! Una proposición empresarial.

ETELVINA.- Tampoco hace falta hablar mucho más del tema, porque ahí viene por el camino. Mejor os lo explicará él.

JOAQUÍN.- ¡Arrea! ¡Mejor nos lo explicaba la que viene con él! Yo le haría mucho más caso.

ELENA.- A ver si al final aparte de calzonazos vas a quedar sin dientes...

GARCÍA.- *(Entra acompañado de SARA. Los dos muy elegantes, de traje)* Buenas tardes.

ETELVINA.- Oiga, ni que nos haya venido siguiendo. No va ni cinco minutos que hemos llegado nosotras.

ELENA.- Normal, el coche de línea hace veinte paradas lo menos. Estoy por apostar que si venimos andando a su lado, llegamos a la vez.

GARCÍA.- Hemos venido en nuestro automóvil. El asunto no admite demora. Los segundos cuentan. ¿Les parece que entremos en su casa para hablar?

ANTONIO.- ¿En nuestra casa? No, hombre, no, que aquí estamos estupendamente. Arrimen unas sillas y hablamos aquí, que total, para comprar cinco kilos de fabes...

ELENA.- Seis.

GARCÍA.- Es un asunto que hay que tratar con la máxima discreción.

JOAQUÍN.- Máxima vive lo menos a dos kilómetros de aquí. ¿La voy a buscar?

ELENA.- Joaquín, cuando lo consideres oportuno, dejas de rebuznar, ¿vale?

ETELVINA.- Por eso no se apure. Aquí vivimos solamente nosotros, y no pasa nadie.

GARCÍA.- Bien, hablemos entonces aquí. *(Algunos se sientan, algunos queden en pie)* ¿Son ustedes los propietarios de las tierras donde están sembradas las fabes?

ANTONIO.- Si, señor, herencia de mi esposa.

ELENA.- Las nuestras son compradas.

JOAQUÍN.- Y no vea el clavel que nos metieron por ellas, talmente parecía que tenían sembrado oro en vez de hierba.

SARA.- Puede que lo que tengan sembrado en ellas sí que sea oro.

ELENA.- No, hija. Unas patatas, cuatro lechugas y unos repollos. Bueno, y las fabes.

SARA.- A esas nos referimos.

GARCÍA.- Vayamos por partes. Según decían en la villa, su cosecha de fabes no está afectada por la enfermedad, ¿no es así?

ANTONIO.- No señor, está sana como una rosa.

SARA.- ¿Saben cómo ha sido posible tal cosa?

ANTONIO.- Es una variedad creada por mí.

SARA.- ¿Sí? ¿Y como lo hizo?

ANTONIO.- Esto... Pues fue por... Pollinizaciones cruzadas... Plantación de Geroma...

Y... ¿Cómo era lo de la sensación esa?

JOAQUÍN.- ADN.

ANTONIO.- Eso, sensación de "adenene".

GARCÍA.- No acabo de entender...

JOAQUÍN.- Casualidad, señor. En realidad no sabe como apareció tal variedad.

ANTONIO.- Hombre, hay una teoría con el gato y el lugar donde mea...

SARA.- Entonces, ¿quiere decir que no va a ser posible conseguir más fabes que las que tienes ustedes de esta variedad? (*SARA y GARCÍA muy excitados*)

ANTONIO.- Como no sea sembrando las que tengamos, no. Aunque puedo seguir haciendo pruebas. Precisamente estoy ahora con unos tomates con sabor a pimiento...

GARCÍA.- Pero, esto es fantástico.

ANTONIO.- ¿Lo del tomate? Ya se lo decía a este que era buena idea. La primer prueba ha fallado, pero seguro que la próxima acierto.

GARCÍA.- Lo de las fabes. ¡Qué buena pinta tiene este asunto!

ELENA.- Precisamente lo de la pinta es lo peor. Parece que ha estado alguien con un lapicera marcándolas todas.

GARCÍA.- Me refiero a que en este momento tienes ustedes el monopolio de la faba en Asturias.

JOAQUÍN.- No se crea, no es un monopolio, son un par de huertos tirando a pequeños, ¿eh?

SARA.- No lo entienden. Al ser los únicos productores de esta variedad de faba, y no poder imitarla, son los únicos que podrán vender fabes en Asturias.

ETELVINA.- Tenemos seis kilos entre las dos. ¿Cuánto nos darían por ellas? Menos de tres duros por kilo, ni pensarlo.

ANTONIO.- ¿Eso es lo que tu llamas precio de escándalo?

ELENA.- Es cierto. Por menos de cuatro duros, ni nos sentamos a hablar.

JOAQUÍN.- Sí, que además, si están mucho tiempo sentados, lo mismo les cae un escobazo. Esta es experta en eso.

GARCÍA.- ¿Cuatro duros? Va a ser mucho más. Habrá mucha demanda para poca oferta.

ETELVINA.- ¿Que nos van a poner una demanda? Oiga, que les hemos dicho que las tierras son heredadas.

ELENA.- Y yo tengo la escritura de mi huerta.

SARA.- Lo que quiere decir mi compañero es que como solo ustedes van a vender fabes en Asturias, pueden poner casi el precio que quieran.

ANTONIO.- ¿Ves? Esto sí que comienza más a parecerse a un precio de escándalo. ¿De cuánto estamos hablando?

GARCÍA.- Dependerá de la producción, pero podemos estar hablando de precios cercanos a las mil pesetas.

ANTONIO.- Me parece poco por toda la cosecha. Cien kilos los recolectamos como poco.

SARA.- Hablamos de mil pesetas... por kilo.

JOAQUÍN.- ¿Por kilo? ¡Ay, Dios! Que eso son... ¡Cien mil pesetas! Esas no las he visto juntas en la vida.

ELENA.- Ni juntas ni a plazos. ¿Ustedes están seguros de eso?

GARCÍA.- Claro que estamos seguros. ¿Por qué creen que la trufa es tan cara, o las angulas? Es porque escasean. Y fabes dentro de nada en Asturias no va a haber más que las suyas.

ETELVINA.- Pues si quieren, los seis kilos estos que tenemos se los vendemos ahora mismo. Seis mil pesetas, y arreglados.

ELENA.- (Aparte) Podríamos haber metido alguna piedra más a la vuelta, caramba...

GARCÍA.- Estaríamos más interesados en toda la cosecha, cuando se recoja.

JOAQUÍN.- ¡La mía está vendida! ¡Cien mil pesetas! Oiga, ¿les importa dárnoslas en billetes? Siempre he querido hacer como los tratantes de ganado en las tascas y sacar un fajo de billetes a la hora de pagar un vino.

SARA.- Podemos dejar apalabrado y firmado el tema.

JOAQUÍN.- Por cien mil pesetas lo dejo como si hace falta grabado en el suelo de casa.

ANTONIO.- Espere, espere, que yo también estoy aquí, y la mía también la vendo, y se la dejo en... noventa mil.

JOAQUÍN.- ¿Cómo? ¡Pues yo en ochenta mil!

ANTONIO.- ¡Setenta!

JOAQUÍN.- ¡Sesenta!

JOAQUÍN y ANTONIO.- (A la vez) ¡Cincuenta!

GARCÍA.- No discutan, señores. Queremos comprar toda la cosecha de los dos.

ANTONIO.- Ah, bien, bien. Entonces cien mil.

SARA.- Estaban dispuestos a venderla por cincuenta mil.

ANTONIO.- Ya, pero eso es, ¿como lo han llamado? La oferta de la demanda.

GARCÍA.- Por supuesto. Cien mil para cada uno. Si les parece firmaremos los contratos de venta, y les daremos una señal del precio final.

JOAQUÍN.- Ah, pero, ¿no nos dan las cien mil pesetas ahora?

GARCÍA.- Como comprenderá, tendremos que esperar a que se logre la cosecha, pero el contrato será vinculante.

ANTONIO.- Eso, Joaquín, hacemos un contrato violante de esos, y santas pascuas.

ETELVINA.- ¡Un momento!

ANTONIO.- Ya me parecía a mí que esta llevaba mucho tiempo callada, y algo iba a tener que decir. Mujer, si al final las cien mil pesetas las vas a gobernar tú, ¿qué más te da?

ETELVINA.- Estaba pensando que si ustedes compran toda la cosecha de fabes, después serán ustedes los que tengan el monopolio de ellas.

SARA.- Eso no es exactamente así, ustedes seguirán teniendo sus plantaciones, que seguro volverán a producir.

ETELVINA.- Ya, pero mientras dan más o no, estaríamos sin fabes. Y si van a dar más o no, está por ver.

SARA.- Pudiera ser, no es una ciencia exacta.

ETELVINA.- Entonces no hay venta.

JOAQUÍN.- Está hablando por ella.

ELENA.- Y por mí.

ANTONIO.- El caso es que...

ETELVINA.- ¡Y por ti también!

ANTONIO.- (Resignado) Eso iba a decir, que habla por mi también.

GARCÍA.- Es un gran negocio.

ETELVINA.- Sobre todo para ustedes. Si quieren, aquí tienen los seis kilos de fabes, siempre y cuando tengan a mano las seis mil pesetas. De la cosecha, ya hablaremos de dinero y condiciones.

ANTONIO.- Lo mismo que me dijo su padre cuando fui a pedirle su mano.

JOAQUÍN.- A mí, el de esta, me dijo que si la sacaba de casa me pagaba él. Pensé que era una broma, pero hablaba en serio.

GARCÍA.- *(Conversa en silencio con SARA. Tras algún acuerdo, habla con el resto.)*

Tal vez sea mejor que volvamos en otro momento y hablemos con más calma del asunto. Nuestro interés es en toda la cosecha, no en seis kilos.

ETELVINA.- Cuando quieran, pero igual cuando vuelvan, por eso de la oferta demandada, en vez de a mil pesetas están a dos mil.

ELENA.- O a cien duros.

SARA.- Gracias de todas formas. En un par de días volveremos por aquí y hablaremos.
¿Vamos? *(Se va con GARCÍA)*

ELENA.- Tal vez me haya pasado con lo de los cien duros y los he asustado, a dos mil pesetas era suficiente.

JOAQUÍN.- A riesgo de que me caiga un escobazo, ¿queréis explicarme por qué cuernos no habéis aceptado el trato?

ETELVINA.- ¿Eres idiota? Las fabes son nuestras, las vendemos nosotros a quien nos dé la gana, y al precio que queramos. En vez de cien mil pesetas cada uno podemos ganar el doble o el tripe.

ANTONIO.- Sin que sirva de precedente, has estado fina, Etelvina.

ETELVINA.- Son muchos años gestionando el dinero en casa, y algo se aprende.

ELENA.- Y sin necesidad de saber lo de la demandada fuerza esa.

ETELVINA.- Si vuelven ese par, ni se os ocurra hablar a solas con ellos, que seguro os engañan. Cuando vuelvan, nosotras debemos estar delante, ¿eh?

ANTONIO.- ¡A sus órdenes!

ETELVINA.- Ven conmigo a casa, Elena, que tenemos que echar unas cuantas cuentas, que estoy pensando en vender las fabes a dos mil quinientas por lo menos.

ELENA.- O a cien duros. Total, ya puestos... *(Se hace oscuro)*

CUADRO TRES

Misma decoración. ANTONIO está delante de su casa con un calabacín en la mano. Entra JOAQUÍN.

JOAQUÍN.- ¡Toma ya! ¿Hoy voy a tener que probar un calabacín? En crudo no me gustan, estás avisado.

ANTONIO.- No, no, este es un calabacín normal y corriente, pero estaba aquí pensando que no sería mala idea cruzar un calabacín y una calabaza. Y tiene que ser sencillo, uno es el macho y otra la hembra.

JOAQUÍN.- ¿Qué dices?

ANTONIO.- Calabaza y calabacín, como perra y "perrín" o gata y "gatín".

JOAQUÍN.- O como burro y "pollín", que se da en ti en los dos casos. ¿Y qué pretendes lograr con eso? ¿Una calabaza con sabor a calabacín, o un calabacín con sabor a calabaza? Porque al final no deja de ser casi lo mismo.

ANTONIO.- No sé, pero algo tengo que hacer, porque oyendo a nuestras esposas me da que no voy a oler un duro de lo de las fabes, así que tengo que sacar otra cosa, y esta vez sin que se entere Etelvina.

JOAQUÍN.- Por mucho que te gobierne el dinero tu esposa, si entran en casa cien o doscientas mil pesetas, algo te tocará, hombre.

ANTONIO.- La verdad es que no sabría qué hacer con semejante cantidad de dinero.

JOAQUÍN.- En el banco seguro que te pagan un buen interés.

ANTONIO.- Lo interesante sería poder gastarlo yo solo, sin que mi esposa esté por medio.

JOAQUÍN.- Nosotros seguro que compramos algún trozo más de tierra por ahí. Mi esposa debe de tener complejo de terrateniente, porque nada más ahorra cuatro pesetas, ya está comprando un terrenito en algún lado. A este paso, más que terrateniente va ser una "terracapitán".

ANTONIO.- A mi me gustaría comprar un haiga, como los que tenían antes los indianos que volvían de América.

JOAQUÍN.- Antonio, que tu no sabes ni llevar una segadora. ¿Cómo vas a conducir un haiga?

ANTONIO.- ¡Con chófer!

JOAQUÍN.- ¿Chófer? ¿A qué precio tienes pensado vender las fabes?

ANTONIO.- Calla un poco, que por ahí vuelven esos dos.

JOAQUÍN.- Voy buscar a las mujeres. *(Entra en una de las casas)*

GARCÍA.- *(Entra con SARA)* Buenos días.

ANTONIO.- Buenos días. ¿Qué? ¿Han cambiado de idea? ¿Cuántos kilos quieren al final?

GARCÍA.- En realidad, ninguno.

ETELVINA.- (*Sale de casa con ELENA y JOAQUÍN*) Buenos días. ¡Qué casualidad que vengan hoy! Resulta que por lo de la demandada esa, el precio de las fabes está en tres mil pesetas. La economía es un misterio, hijo.

GARCÍA.- Ya no estamos interesados en comprar las fabes.

ELENA.- ¿Qué? No, hombre, no, que Etelvina estaba de broma. Están a dos mil, como habíamos convenido.

GARCÍA.- El caso es que no las queremos.

ELENA.- ¿Y a las mil pesetas del principio?

ETELVINA.- Que no te líen, Elena, que esto es como comprar ganado. Tan regateando. Yo pido tres mil. ¿Cuánto dan ustedes?

SARA.- Nada.

ETELVINA.- Oiga, esa no es forma de regatear, ¿eh? Así no vamos a poder partir por la mitad. Por lo menos empiecen en 800 pesetas o así. Luego yo bajo doscientas, ustedes suben trescientas, y así hasta partir en dos mil pesetas.

GARCÍA.- Présteme atención. Hemos hablado entre nosotros después de la visita del otro día, y nos hemos dado cuenta de que efectivamente ustedes son los dueños de las fabes, y son los que tienen que aprovecharse del negocio. Por eso ya no estamos interesados en la compra de la cosecha.

ELENA.- Pero si no compran, ¿cómo nos aprovechamos?

SARA.- Déjennos acabar. Está claro que con esta situación van a ganar mucho dinero, por lo que no van a tener más remedio que constituir una empresa.

GARCÍA.- Como les hemos dicho, somos consulting managers...

ETELVINA.- A estos ignorantes no les hable en chino, que no entienden.

ANTONIO.- No como tú, que dominas el mongol.

SARA.- Somos asesores de empresas, y lo que queremos es ayudarlos a montar una empresa para vender las fabes.

ETELVINA.- ¿Cómo que una empresa? Nada, nada, esto como siempre: Toma las fabes, dame el dinero... Lo que se ha hecho toda la vida en el mercado.

SARA.- No, señora, eso no es así. Hay que constituir una empresa, darse de alta en hacienda y la seguridad social, pagar los impuestos, hacer declaraciones...

ELENA.- ¿Todo eso para vender fabes?

GARCÍA.- Todo eso. Pero para eso estamos aquí nosotros. Vamos a ayudarlos a realizar todos los trámites: Constitución de la empresa, altas correspondientes, impuestos...

ETELVINA.- ¡Pare, pare! ¿Y eso cuánto nos va a costar?

GARCÍA.- Teníamos pensado cobrarles un cinco por ciento de los beneficios.

JOAQUÍN.- ¿Que en duros viene a ser...?

SARA.- Si ustedes ganan cien mil, llevaríamos cinco mil, o sea, mil duros.

ETELVINA.- ¿Cómo lo ves, Elena?

ELENA.- Hombre, si van a ser solo mil duros...

ETELVINA.- Hecho. ¿Qué tenemos que hacer?

SARA.- Dadas las circunstancias especiales, nuestra idea es que hagan una cooperativa agrícola. Hace falta muy poco capital, y es bastante rápido.

ETELVINA.- ¡Está hecha! A partir de hoy somos una cooperativa. ¿Tenemos que vivir todos juntos, en plan comuna?

GARCÍA.- No es tan sencillo. Hay que ir al notario a constituirla. Iremos mañana, si les parece. Mientras, ustedes tienen que decidir el nombre de la cooperativa, y los cargos: presidente, secretario y tesorero. Mañana vendremos a buscarlos para ir en torno a las once a firmar la constitución. Tengan los carnés preparados, y el nombre y los cargos decididos.

SARA.- También hay que poner algo de capital para constituirla y pagarle al notario. Con tres o cuatro mil pesetas, será suficiente.

JOAQUÍN.- ¡Se ha fastidiado la cooperativa y la comuna! ¿Tres mil pesetas? ¿Quién las ha visto juntas?

ANTONIO.- ¡Ni despegadas!

ETELVINA.- Lo siento, pero lo de pagar...

ELENA.- No ha debido de haber nunca una empresa que haya durado tan poco. Ni diez minutos.

GARCÍA.- *(Habla con SARA a solas. Después, a ellos.)* En fin, no se apuren. Adelantamos nosotros el dinero, y cuando empiecen a recibir ingresos, nos lo devuelven, ¿les parece?

ETELVINA.- Ah, bien, así, sí.

SARA.- Mañana nos vemos entonces. *(Se va con GARCÍA)*

JOAQUÍN.- ¿Vamos a hacer una comuna de esas, como los hippies?

ETELVINA.- Si es lo que hace falta, habrá que hacerla. Veamos, yo la presidenta, Elena la secretaria, y de tesorero...

ELENA.- ¿Vas a dejar el dinero en manos de uno de estos? De eso nada. Yo la tesorera, y uno de estos la secretaria, que alguien nos tendrá que traer el café.